

peranza. La mujer empezó á sollozar ahogadamente, y todos aquellos semblantes que rodeaban el jergon rompieron en llorar. Abrió el enfermo sus desmayados ojos y con voz apagada dijo: «No llores, María, no llores. Hijos míos, viviré, porque Dios querrá que viva.—Sí, amigo mío, se apresuró á decir la Marquesa, vivirá V.; pues no faltaba más sino que estas siete criaturas se quedarán sin padre.» Y volviéndose á mí, añadió: «Vamos, doctor, lo veo á V. con cara de hacer pucheros, cuando aquí lo que importa es hacer medicinas.» Me acerqué y reconocí al enfermo, mientras la Marquesa trataba de evitar que la mujer, puesta de rodillas, le besara las manos. «¿Qué hay, doctor? me preguntó.—Señora, le contesté, advierto una gran debilidad. Pero bien, ¿qué es ello?», volvió á preguntarme. Me acerqué á su oído y en voz muy baja le contesté: «Hambre, señora, nada más que hambre.—Eso es, caballero, dijo la mujer que oyó ó adivinó mis palabras; el infeliz no quiere comer nada para que nosotros comamos algo..... ¡estamos tan pobres!..... Y es un santo, señora;

un mártir que se mata por sus hijos.» En esto apareció un nuevo personaje, que no sabré decir á ustedes si era mujer ó era hombre, porque á la vez parecía las dos cosas. Al verla los muchachos más pequeños se pusieron en movimiento, diciendo: «La señora Gertrúdis», y agitaban sus manos como los pájaros agitan las alas cuando amanece. La señora Gertrúdis se encargó inmediatamente de ir á la botica inmediata por el medicamento que yo había marcado en una hoja de mi cartera. Antes de tomar la receta que yo le presentaba, dejó sobre la única mesa que había en la habitación un pan y una taza que contenía caldo; el pan no era muy grande, pero la taza era inmensa. En fin, allí me tuvo la Marquesa hasta las doce de la noche. Como Dios la encaminó, hizo acostar á toda la familia despues que le preparó algún alimento; y sentada en el suelo se pasó aquellas horas mortales charla que charla en voz baja con la señora Gertrúdis, que hablaba por los codos, y que en medio de tanta miseria le contaba, por lo que pude entender, la historia de una moneda de oro que

la Marquesa oía sin pestañear. Después de las doce salimos de allí, pero antes se acercó al enfermo, que dormía un sueño reparador, y..... pásmense ustedes, le dió un beso en la frente; luego fué besando uno á uno á aquellos demonios de angelitos que dormían como lirones. También besó á la madre, poniéndole en la mano una moneda de cinco duros, y diciéndole: «Hasta mañana, que será otro día.—Señora, exclamó la mujer llorando; ¿quién la ha traído á esta casa para llenarla de esperanza?—Dios, amiga mía, le contestó; Dios, que nos envía las aflicciones para purificarnos y los consuelos para fortalecernos.» Ya comprenderán ustedes que la miseria ha concluido desde anoche para aquella familia. Así se lo prometió á la señora Gertrúdis al despedirse de ella, al mismo tiempo que estampaba en sus velludas mejillas un par de besos soberanos; parecía que besaba á su madre. Pues bien, señores, de éstas hace la Marquesa una cada día; á mí me trae y me lleva como á un dominguillo, y es el caso que con ella no hay manera de evadirse.

—Todo eso es sublime, exclamó Ponce con verdadero entusiasmo.

—Sí, añadió el director de *El Oriente*; se conoce que tiene un corazón filantrópico.

—No, caballero, replicó el marino; no hay tal *filantropía*; es caridad, pura caridad.

—¿Y quiere V. decirme, preguntó el publicista, qué diferencia esencial se encuentra entre lo que V. llama caridad y yo llamo *filantropía*?

—Sí señor, le contestó el marino; existe la diferencia que hay entre la nieve y el fuego, entre el cielo y la tierra. La *filantropía* es glacial y la caridad es ardiente. La primera nace de la razón, la segunda de la fe; hay, pues, entre ellas la pequeña diferencia que existe entre el hombre y Dios; ¿le parece á V. poco?

Aquí el director de *El Oriente* tuvo la impertinencia de sonreirse, y el marino añadió:

—Perdone V., caballero; no recordaba que Dios no está ya de moda entre ciertas gentes y he incurrido en la indiscreción de

nombrarle; pero ¡ah, señor periodista! yo quisiera ver esa sonrisa incrédula en medio de las tempestuosas soledades del Océano. Y dirigiéndose á Guillen le dijo: Continúe usted, doctor, hablándonos de la Marquesa, porque, como dice Ponce, es una gran mujer.

—Seguiré, contestó Guillen, aunque ahora se van ustedes á reír de mí. Imagínense que muchos días me obliga á oír misa en su oratorio. Me coge, y quieras que no quieras, me mete la misa en el cuerpo como á un colegial de seminario; yo, cuando recuerdo esto, me río; pero créanme ustedes, oigo mi misa de rodillas con una devoción ejemplar. Pues no pára aquí la cosa. Oigan ustedes: como en su casa muy á menudo, y ordinariamente nos reunimos en la mesa cuatro personas: la Marquesa, aquel anciano sacerdote que vimos en la quinta el día del lance, el General y yo; y no hay remedio, ántes de la sopa hemos de oír una oración que el buen sacerdote nos encaja, bendiciendo la mesa en que vamos á comer, y despues de los postres hay que dar gracias, y nos hace rezar

como á unos chiquillos de la escuela. El General está ya completamente convertido; cruza sus manos sobre la mesa y reza como un monje; yo aquí me río, pero allí rezo como un santo. Un día, poco despues del lance, la encontré agitada, sumamente pálida y temblorosa; el pulso no estaba en caja, era presa de una exaltación nerviosa, cuya crisis se acercaba, y me pareció inminente un acceso semejante al que todos presenciamos en la quinta cuando vió aparecer á nuestro amigo..... Matusalem, que dicho sea entre paréntesis, tuvo la inoportunidad de presentarse allí en el momento de espirar el Duque. Al verla próxima á caer en el mismo estado, le dije: «Marquesa, urge que se meta usted en la cama inmediatamente mientras hago traer un calmante que apacigue la exasperación de los nervios.—No, me contestó apretando los dientes como si quisiera reprimir la convulsión que la invadía.—Estos ataques, repliqué, son muy violentos y conviene impedirlos. ¿No quiere V. hacer nada?—Sí, me contestó, pero no eso.—Es lo más eficaz, le advertí, para el caso en que nos

encontramos.—Yo tengo otra medicina más prodigiosa», me dijo. «¿Cuál? pregunté.—Aquella»; y pronunciando esta palabra me señalaba un libro que había sobre el velador que tenía junto á mí. Cogí el libro y leí en la portada *Kempis*. «¡Señora! exclamé.—Lea usted, me replicó.—¿Por dónde?—Por cualquier parte; todo el libro es medicina.» Abrí á la aventura y comencé á leer estas palabras: «Vano es el que pone su esperanza en los hombres ó en cualquiera de las criaturas.» Y seguí leyendo muy despacio, causándome viva novedad lo que leía. Hoja tras hoja recorrí una gran parte del libro, y creo que habría llegado hasta el fin, si la Marquesa con un tono de voz, que me sorprendió por lo tranquilo y por lo dulce, no me hubiera dicho: «Basta.» Alcé la cabeza, la miré y la hallé transformada; todo el aparato de síntomas con que un momento ántes amagaba el acceso, había desaparecido; el pulso latía con perfecta regularidad, dilatado y tranquilo. Entónces se entabló entre nosotros el diálogo siguiente:

—Señora, ha pasado la tormenta que amenazaba, ó más bien se ha disipado.

—Así lo esperaba, porque mi medicina es prodigiosa.

—¿Cree V. que la ha sanado la lectura de este libro?

—Sí; ¿V. no lo cree?..... ¡pobre médico!

—Pero bien, Marquesa; ¿cómo obra en usted la lectura de este libro?

—Como un bálsamo.

—¿Sobre qué órgano?

—Sobre el corazón.

—¿Acaso tiene V. el corazón enfermo?

—Mucho.

—¿De qué?

—De una enfermedad terrible, mortal, que V., señor doctor, no conoce ni acertaría á librarme de ella.

—¿Cómo se llama esa dolencia desconocida?

—Se llama ódio.

—¡Usted odia, Marquesa!

—Sí.

—Mucho daño le habrá causado esa persona aborrecida.

—Son dos personas.

—¿Dos?

—Sí.

—Una..... lo comprendo..... al fin, es el matador del Duque..... pero la otra..... no sé.....

—No aborrezco á Lanuza..... ántes bien lo compadezco..... lo compadezco mucho, y Dios sabe cuánto le pido que sea feliz. Este ódio que se ha apoderado de mi alma y que combato con todas mis fuerzas, se exagera algunas veces de modo que me pone fuera de mí; pero Dios me ayuda y lo voy venciendo; poco á poco irá saliendo de mi corazón.

Hará dos meses, prosiguió diciendo Guillen, que me dijo: Señor doctor, me curé radicalmente; no queda en mi alma ódio ninguno; los he perdonado con todo mi corazón; porque ¡ay, Guillen! yo tambien necesito que Dios me perdone. Ahí tienen ustedes, señores, á la Marquesa tal y como es, desde la desastrosa muerte de su hermano. Hace de mí lo que quiere. Toda mi ciencia me abandona delante de ella, y si no huyo pronto de sus seducciones, me verán ustedes acabar

cantando misa. Esto me desespera; mas como se empeñe, me convertirá en misionero ó en hermana de la caridad.

Por el silencio que reinó despues de pronunciadas las últimas palabras, pudo Guillen inferir el interes que habia despertado su relato. Aunque el efecto que advertia en sus oyentes no era el que esperaba, saboreó su triunfo pensando modestamente que se habia equivocado acerca del éxito, puesto que no consiguió hacer reir ni una vez siquiera. No le sorprendia la grave seriedad del marino, porque no podía ocultársele que era un espíritu rudo, que creía en Dios á puño cerrado; pero ¿y el director del periódico, que era un *espíritu fuerte*, adorador del éxito? ¿y Medina, que era un espíritu positivo, que no creía más que en el oro? ¿y Ponce, que era un espíritu ligero, muy capaz de creerlo todo? ¿y Matusalem, en fin, espíritu escéptico, incapaz de creer en nada? ¿Cómo no se desternillaban de risa viéndolo á él, racionalista puro, que no creía más que en la ciencia, oír misa devotamente como una beata, rezar despues de comer como un novicio y

aplicar por toda medicina á un ataque de nervios la lectura de unas cuantas páginas del *Kempis*? El sabio doctor no atinaba con la causa de tan singular efecto.

Ponce rompió el silencio, exclamando:

—Daría lo que me pidieran por conocer á esas dos personas á quienes la Marquesa ha perdonado; porque yo no tengo el corazón tan generoso y aceptaría con mucho gusto la responsabilidad de aborrecerlas.

Guillen le dijo:

—No puedo satisfacer ese deseo, porque aun cuando mis sospechas son vehementes, no debo hacer uso de ellas. Pero nuestro amigo Matusalem, que ha obtenido por mucho tiempo la noble confianza de la Marquesa, tal vez pueda darnos una luz segura. ¿Qué dices á esto, Alejandro?

—Nada, contestó Matusalem. Las mujeres hacen indistintamente á cualquiera objeto de su amor ó de su odio, y en verdad, ni ellas mismas saben nunca cuándo aman y cuándo aborrecen.

—Respetemos su discreta reserva, añadió Guillen. Cuando él calla tendrá muy serias

razones para darse un punto en la boca. Mas hay otra persona que por su antigua y estrecha intimidad con la Marquesa debe saber algo, si es que no lo sabe todo, pues ya habrán ustedes comprendido que en todo esto se oculta una terrible historia.

Matusalem se puso de pié, diciendo:

—Pobre sabio. Cuando descendes del mundo de tu ciencia al mundo real de las cosas, no ves más que visiones. La Marquesa es de suyo novelesca, y este pozo de sabiduría toma sus cosas al pié de la letra. ¿No presenciaron ustedes la escena de la quinta? ¿No la vieron furiosa lanzarse sobre mí acusándome de ser el autor de la catástrofe, llamándome asesino de su hermano?..... Y sin embargo, ustedes saben perfectamente que Redondo y yo fuimos á impedir el lance.

Estas palabras hicieron asomar en la boca del doctor una sonrisa tan extraña, que Matusalem apartó los ojos de su amigo, seguramente por no verla.

—Aquel arranque se explica muy bien, dijo el director de *El Oriente*. Fué un extravío momentáneo..... ¡qué diablos! el caso

no era para ménos; comprendo que desde entónces su cabeza no esté completamente en caja. El juicio de las mujeres es volátil por su naturaleza, y sea lo que quiera, el caso es que, imaginaria ó real, hay aquí una historia ó una novela, da lo mismo, y eso es siempre interesante. Participo, pues, de la curiosidad, aunque sin propósito de aborrecer á nadie, y espero el nombre de esa otra persona que debe estar en autos.

—No hay inconveniente en pronunciar ese nombre, contestó Guillen, y voy á decirlo. Creo que la criolla está en el secreto.

Ponce se dió una gran palmada en la frente, exclamando:

—¡Señores! yo tambien lo creo; desde un principio se me metió en la cabeza que en el lance de Lanuza y del Duque había *embuchado*.

Levantóse Guillen, y acercándose dramáticamente á Ponce, le puso la mano sobre el hombro pronunciando con solemnidad estas palabras:

—*Embuchado*. Sí señor; y más embuchado del que V. se imagina.

Los ojos de Matusalem lanzaron sobre el médico una mirada de víbora, y en aquel momento un coche se detuvo á la puerta de la casa.

—Aquí está Miguel, dijo Medina.

—Historia por historia, añadió el periodista, prefiero la del inglés á la de la Marquesa.

—Por supuesto, exclamó el agente de bolsa. La historia del inglés ha de ser mucho más interesante, como que se trata de un Lord inmensamente rico.

Miguel entró, y su presencia fué coronada por un aplauso. Semejante al actor que se ve aplaudido cuando ménos lo merece, paseó la mirada por el público de sus amigos saludándolos con una prolongada cortesía; arrojó el sombrero sobre una mesa y se sentó muy tranquilamente sin pronunciar ni una palabra.

—¿Qué hay? le preguntaron todos á la vez.

—Hay, contestó, que Lord Walbrook quiere comprarme á *Bel-Khrer*.

—Pero bien, ¿qué has visto? volvieron á preguntarle.

— Muchas cosas.

— Cuenta, cuenta.

— En primer lugar, he visto un formidable negro; despues un chino auténtico; luego un indio bravo; en la habitacion inmediata un hermoso griego, y en seguida vi á Lord Walbrook.

— ¿Nada más?

— Sí, he visto más; he visto dos cuadros, dos retratos; he visto tambien las caballerizas del noble Lord, y he admirado sus magníficos caballos.

— Y bien, preguntó el periodista; ¿qué sabemos? ¿qué hemos inquirido?

Miguel tomó una actitud solemne, teatral, y dijo:

— Pasmaos, admírense ustedes, asómbrense; no hemos inquirido nada.

— ¡Nada! exclamaron los amigos estupefactos.

— Nada, repitió Miguel; absolutamente nada.

Y como ocurre siempre en las grandes sorpresas, en los acontecimientos más inesperados, todos se quedaron con la boca abierta.

CAPÍTULO VI.

La sombra del Duque.

¿No os ha caído alguna vez el premio grande de la lotería? ¿Alguno de vosotros no ha recibido inesperadamente de América ó de la India la triste noticia de la muerte repentina de un tío millonario, del cual sois el único heredero? Supongamos que vuestros negocios van pésimamente, que se acerca el día de una liquidacion desastrosa, ¿no experimentaréis la más viva sorpresa si en vez de la voz inflexible de vuestros acreedores llama á la puerta de vuestra casa el sangriento estrépito de un motin, cuyo triunfo ha de ser el trastorno completo del orden social?..... Sois de condicion apacible, de carácter pacífico, pero ¡ah! la ruina que os